A color photograph of a man with dark hair and a mustache, smiling and looking slightly to the left. He is wearing a dark green short-sleeved button-down shirt and has his arms crossed. The background is a textured, light-colored wall.

*LAUTARO DEJEAS,*

ZAGUERO DE  
AUDAX C. S.  
ITALIANO

**estadio**

M. R.



# "ER MAGO DER LENTE"

El deporte ha tenido este año su lugar destacado en el Salón Anual de Fotografía. Técnicos y profanos han admirado en las paredes del Palacio de Bellas Artes la intensidad de las acciones, la belleza inconfundible del movimiento que el lente de Eugenio García enfocó en justas importantes del deporte. Son las más felices escogidas entre aquellas que ya los lectores de "Estadio" en el país y en el extranjero han ponderado sin reservas. Eugenio García llevó hasta la Exposición el efecto mágico y certero de su lente. Fútbol, box, basquetbol y natación destacaron ahí su línea vigorosa e impresionante y tuvieron su alegría, gracias a la habilidad de este muchacho locuaz y pintoresco que está realizando cosas extraordinarias con su "Leica" y su "Speed Graphic".

Eugenio García, que hace sólo tres años surgió a la vida deportiva junto con "Estadio", goza, hoy por hoy, de una popularidad que ya se la quisieran los cracks más cracks de nuestro ambiente. Es que, con su máquina, ha realizado proezas y ha tenido la proyección brillante y meteórica de un crack. El muchacho aficionado de la maquinilla de cajón de hace tres años es en la actualidad uno de los reporteros gráficos del periodismo nacional, especia-



*Las notables instantáneas deportivas que exhibe en el Salón Nacional de Fotografía han puesto de actualidad a Eugenio García.*

lizados en el deporte, más cotizados y de más firme prestigio. El número uno, por qué no decirlo. En las páginas de nuestra revista están las pruebas convincentes de su labor magnífica. Ahora, si esta clasificación tuviera que darla los deportistas en una encuesta, el resultado sería más contundente. Ya está dicho que, Eugenio es popular. Y lo es tanto por su eficiencia profesional, por la magia de su lente, como por su dinamismo, su inquietante nerviosidad, por su simpatía y su locuacidad española. Tiene mucho de gitano y de andaluz.

Y posee su historia, interesante y atractiva, amena y graciosa, acentuada con un rosario de pasajes pintorescos provocados por su audacia, por su afán de destacar, de hacer algo grande, de tomar la mejor fotografía. Le han ocurrido episodios jocosos que él comenta con su característico sentido humorístico. Su mismo comienzo es toda una revelación.

Eugenio García ignoraba que en él había un fotógrafo en potencia. Creyó la primera vez que fue a un estadio con su maquinilla de cajón que lo impulsaban sus entusiasmos deportivos. Sus deseos de tener recuerdos de los equipos uruguayos, argentinos, de los cracks más famosos. En el Sudamericano del 41, de las galerías, detrás de los arcos, se tiraba por el velódromo a la cancha. "Esperaba" el momento preciso en que un equipo salía y lanzaba los hurrahs. Era el instante en que los carabineros estaban distraídos. Allí se ponía a enfocar hasta que los carabineros lo sacaban de un brazo. Sus propios colegas de hoy lo delataban. ¡Que saquen a ese fresco intruso, pedían! Pero al domingo siguiente ya estaba metido de nuevo entre todos, frunciendo el ojo y apretando el botón.

Peáro Cea, el olímpico uruguayo,

entrenador del seleccionado que vino en 1941, fue uno de los hombres que lo alentaron. Se hicieron muy amigos. Le obsequiaba fotos. La tarde que él partió de regreso a Montevideo, le dijo: "Espero verlo por mi tierra, amigo". Para su interior, García pensó que esa cortesía era una quimera. Lo veía tan imposible, que no lo pensó en serio. Y se rió de la idea atravesada.

Cómo iba a pensar que al año siguiente iba a estar en Montevideo, en otro Sudamericano de fútbol, y ya no entrando a hurtadillas, sino como fotógrafo, con carnet y todo. La primera noche del Campeonato llegó un poco tarde. Entró a la cancha y lo primero que vio fue a su amigo Cea. Le gritó y fue reconocido de inmediato: "Che García, cómo te va". El que lo nombrara por su nombre fue una emoción inmensa. ¿Cómo se recordaba? Se dieron un abrazo apretado, caluroso y se emocionó, hasta las lágrimas, cuando el público prorrumpió en una ovación al ver que un uruguayo y un chileno se expresaban su afecto y su cordialidad. Claro que después dijeron a García que los aplausos eran para Nazzazi que en ese instante aparecía en la cancha.

Rodríguez Lorenzo, fotógrafo uruguayo, que vino después a Chile, nos contaba la odisea de Eugenio en Montevideo. "Llegó sólo con su Leica, pero sin lámparas, sin disparador, sin el material más necesario para tomar fotos de noche. Pero para el animoso muchacho ésos no eran inconvenientes y él aprovechaba el magnesio de todos. Se metía en todas partes y hablaba con todo el mundo. Muy luego era el que tenía más amigos entre todos los jugadores. El se entendía hasta con los brasileños más enredados, a los cuales no les comprendíamos ni una hostia. Nosotros pensábamos que era nada más que un fresco que se había apropiado de un carnet y una máquina para ver el campeonato gratis, y fue grande la sorpresa cuando después llegaron las revistas de Chile y aparecía su trabajo. Era sorprendente lo que había conseguido sin los materiales más necesarios. Comprendí lo que valía. Nos hicimos grandes amigos".

García se ganó allá el aprecio de todos sus compañeros de profesión. Sencillo, simpático, sin pretensiones, a todos los tomó como maestros; preguntaba, indicaba, pedía ayuda. Y fue el más popular entre la troupe de reporteros gráficos que congregó el Sudamericano de fútbol. En Montevideo estuvo preso. Allí está prohibido el piropo. Paseaba con fotógrafos argentinos, brasileños, uruguayos, peruanos y chilenos, por una playa y había chicas tan lindas, que no pudo menos que expresar su admiración. Y decías cosas a las chicas. Cosas amables, respetuosas. "Montevideo es usted, "mijita". Qué monumento. Rediez, que usted se arrancó de una pintura, mi alma." Por eso los llevaron presos a todos a una comisaría. Está prohibido y penado el piropo. Claro que luego los soltaron. Calculen las reclamaciones diplomáticas que habría recibido el Gobierno uruguayo si no lo hace.

*Es brillante la carrera meteórica del fotógrafo de "Estadio", ya consagrado ante la afición nacional y extranjera.*





Estas son las seis instantáneas que Eugenio García presentó al salón fotográfico del Palacio de Bellas Artes y que han merecido unánimes elogios, lo que representa un triunfo más para "er mago", a quien ESTADIO debe mucho de su éxito.

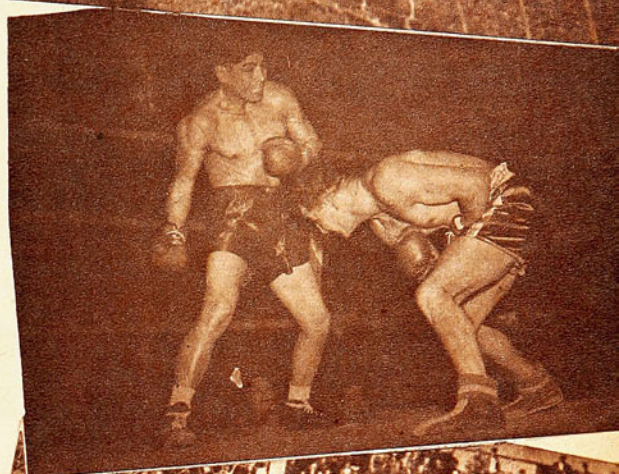
"Algo que me emocionó fué una sencilla fiesta que me dió la delegación uruguaya en su quinta de concentración en Pando, cuenta el propio García: Me invitaron a tomar mate y todos me regalaron un paquete de yerba "Sara", y el paquete lo firmaron todos los jugadores, que después se titularon campeones sudamericanos. Muy simpáticos y gentiles. La yerba no la he tocado y tengo el paquete en la casa como un recuerdo inolvidable."

Noel Valentini, el árbitro que vino aquí al Sudamericano, waterpolista y periodista, dió una fiesta a los fotógrafos en el yate que posee en Montevideo. Fué una fiesta muy simpática. Comieron un asado a bordo. Y se bañaron en el mar. "A mí, como no sé nadar, me amarraron con un cordel, pero salí medio ahogado, porque a cada rato soltaban el cordel."

El 44, en el último Sudamericano de fútbol en Chile, ya todos los saben, García ya era un señor fotógrafo. Recibió su consagración definitiva. Las mejores fotografías del torneo fueron las suyas. Está para muestra esa magnífica del casi gol con tirada de palomita del centro forward colombiano, que la captó en el instante que lanzado en vuelo casi roza la pelota. Formidable foto, sin duda. Los tres Sudamericanos de fútbol han marcado nítidamente la carrera meteórica de "er mago del lente", como lo llamamos en "Estadio". Las fotos de García fueron publicadas en toda Sudamérica, y sirvió como corresponsal a diarios y revistas de Brasil, Ecuador, Uruguay, Perú, Bolivia y para "Cancha", de Buenos Aires.

Bueno. Y no he contado cómo ese fotógrafo furtivo del 41 vino a dar a la revista. Alejandro Jaramillo, nuestro director, fué a la Casa Schummi a hablar con un amigo técnico en fotografía, don Carlos Martín, para pedirle le recomendara una persona que le sirviera como fotógrafo en "Estadio", revista que aparecía en breve. "Tengo la persona, les respondí; viene aquí a revelar sus fotografías un joven de un entusiasmo único, que gusta del deporte, y me parece que será muy bueno. Eugenio García se llama." Lo mandaron buscar y apareció modesto y cohibido. Yo no sé si sirva. Bueno, probamos. Le entregaron una Leica. "—No sabía ni dar ni desatar con la Leica, recuerda García. No era lo mismo que tomar con la de cajoncito, la Agfa, que me prestaba mi papá. No era lo mismo. Me iba a los partidos, pero los resultados me desilusionaban en cada ocasión. No me salía ni la pelota. Tomaba un gol y el arco no se veía por ninguna parte. A veces aparecían las piernas de los jugadores, pero sin cabeza, y a veces al revés. Después de echar a perder muchas películas, me llamó el señor Jaramillo y me dijo: "Ahora va en serio, desde mañana comenzamos". Me dió un miedo tan grande, que llegué a mi casa y le dije a mi padre: "Mire, viejo, hágame el favor de ir donde el director a entregarle la máquina y a decirle que no me hallo capaz". Y mi padre se enojó y me dijo que tenía que cumplir." Y allí don Vicente García Merino influyó para que encontrara su destino quien poco tiempo después iba a convertirse en el mejor fotógrafo deportivo de Chile. El tuvo confianza en Eugenio y lo estimuló a seguir. El debut fué bueno y promisorio, y García siguió adelante. "Yo me aburría —dice— en el negocio de mi padre, y quería hacer otra cosa. Cuando

.(Continúa en la pág. 30)





## "ER MAGO DER

(Viene de la página 5)

Vi que no partía mal, puse todo mi empeño. Compré todos los libros y folletos de técnica fotográfica. Pregunté y volví locos a los que sabían. Trabajaba día y noche. Muchas veces en la madrugada desperté a gritos a mis viejos para mostrarles, alborozado, después de revelar, que había acertado con una escena. Despertaba a gritos a toda la gente, a medianoché.

García tiene su barrio por Negrete. Independencia con Pantaleón Véliz Silva. Y allí tiene su "hinchada". La que tomó sus triunfos como propios, como que han seguido de cerca su carrera. Sobre todo entre la "cabrería". Ellos también recuerdan que contribuyeron a su aprendizaje. "Yo probaba la máquina con ellos. Organizaba carreras entre los chiquillos del barrio y ponía de premio una botella de bilz o de papaya para el ganador. Me colocaba en la meta para tomar la llegada, para medir la velocidad, enfoque, etc. Tomaba la llegada, pero a veces no me salía nada o salía una góndola Matadero-Palma, que pasaba por Independencia. Otra vez me salió una pared donde decía "Viva Grove".

¿Y saben que García estuvo un año trabajando en la revista sin ganar un centavo? Y no sólo eso, el viaje al Sudamericano de Montevideo lo hizo con sus propios medios. Sólo guiado por su entusiasmo y por la intuición de que llegaría a triunfar. Don Vicente, su padre, que también intervino en esta oportunidad, le dijo: "Anda; aquí tienes el dinero". Cuando García ingresó a "Estadio", el director le manifestó: "Bueno; aquí no ganará sueldo, y le prometo el diez por ciento de las ganancias, cuando las haya. Oferta como para no interesar a nadie, pues era el tiempo de las crujideras. Ninguna revista deportiva había podido surgir en Chile, y "Estadio" estuvo un año publicándose a pérdida. Sólo la tenacidad y la visión de su director y de su socio pudieron llevarla al éxito. Tanto más ponderable la campaña, cuando que todo su personal era improvisado y sin ninguna experiencia, pero sí con mucha voluntad y fe en el porvenir. Su director nunca había sido periodista, sus cronistas nunca habían sido cronistas y sus fotógrafos nunca habían sido fotógrafos. Así comenzó "Estadio" y así triunfó. Hernán Morales, el ayudante de García, era mecánico en una fundición e "hinch" de la revista. Escribió una carta ofreciéndose para trabajar en cualquier cosa; sólo tenía voluntad. Y también le dieron una máquina. Eugenio García trabajó, pues un año sin percibir un centavo, pero esos esfuerzos hoy están siendo recompensados ampliamente. El porcentaje que nada producía, hoy rinde. García, hijo cariñoso, le ha dicho a su viejo: "No trabaje más". El mantiene el hogar.

Ya he dicho que "er mago del lente" es dicharachero, simpático, españolísimo. Se gana todas las voluntades. Y es una razón del éxito de su profesión, de la cooperación que encuentra en todas partes. Y ha realizado cosas imposibles. Lo que no ha logrado ningún otro. Los futbolistas argentinos que han venido a Chile le han dicho: "Pero, che García, usted es un fenómeno. Cómo ha hecho reír a Salomón". Es algo que nadie ignora en el ambiente deportivo bonaerense que el famoso back argentino de Racing no se rie jamás. García le hizo coquillas. Pontoni es otro problema. Es imposible tomarlo fuera de la cancha.

Siempre se opone, está indispuerto, pero para García era todo voluntad. Lo tuvo hasta haciendo piruetas. De la Mata, de Independiente, es peor que los otros. Es un tipo insoportable, pero García, cuando el insider argentino viene a Santiago, hace con él lo que desea. Una mañana lo despertó temprano, lo hizo levantarse de la cama y hasta rasurarse para tomarle una foto. Los compañeros aseguran que ni por cien nacionales se repetiría el caso.

Para lograr su objetivo este hijo de riojano no se detiene jamás. Dinámico, atrevido, antepone la acción al pensamiento. De ahí todas sus aventuras que tiene a montones. El las cuenta siempre, muriéndose de risa. "¿Se acuerda lo que pasó aquella noche que Estudiantes de la Plata jugó con Unión Española, en el Estadio Nacional? Pellegrina, el temible wing izquierdo argentino, se cortó solo hacia el gol. Lo vi venir, entré a la cancha y lo enfoqué. Claro que con el fogonazo él no hizo el gol, pero yo tomé la fotografía. Los diarios dijeron que le había quemado las pestañas a Pellegrina. Bueno. Para qué voy a recordar las cosas que me dijo en su indignación. Yo le respondí: Perdone, compañero; para otra vez será. Un cronista comentó que mi sangre española me había impulsado a la cancha no para tomar la foto, sino para atacar al wing, pues el gol era inminente. Eso no se puede decir de mí. Verdaz es que la Unión Española es mi club y que jugué fútbol hace tiempo en sus equipos inferiores, por algo soy del barrio de Santa Laura, pero yo soy "hinch" siempre del que juega mejor. Y yo voy a la cancha para tomar fotografías. Y soy "hinch" del jugador y del equipo que más ocasiones me da para escenas. Por esto es que para mí no hay mejor jugador que el "Sapo" Livingstone, por sus espectáculos."

Otra vez, en un clásico universitario vió avanzar solo a Scopelli, entró y lo enfocó. Pero el remate violento de Scopelli dió justo en la máquina de García. Del golpe en la cabeza, cayó desvanecido. Todos corrieron a atenderlo, especialmente Scopelli. Le dieron agua, lo masajearon, pero no volvía; tenía una herida en la frente. De repente despertó y, como un loco, gritó: "¡La máquina! ¡La máquina!"

No era la primera vez que salía lesionado en una cancha. El director le ordenó tomar fotos de un paperchase, por Apoquindo. "Tómeme buenas vistas; sobre todo de los saltos, pero bien cerca." Llegó allá y se colocó en un obstáculo, pero tan cerca, que el primer caballo que pasó le dió una coz y le zafó una rodilla. Se puso tan cerca, que estaba debajo del obstáculo, y claro, el caballo tuvo que caer sobre él. Ya he dicho que es de una audacia inaudita. Para la inauguración del Estadio de la Universidad Católica anduvo gestionando que un aviador le permitiera lanzarse de un avión en paracaídas para tomar una foto exclusiva. En aquel paperchase, el mayor Yáñez, el prestigioso equitador, se bajó de su caballo para atenderlo e insistía en que fuera llevado a la ambulancia, pero García se negó. "Me han mandado a tomar fotos, y no he sacado ninguna todavía." Y así, con dolores intensos y con una pierna a la rastra, cumplió el orden.

En la prueba ciclista Santiago-San Antonio, hace dos años, llegó atrasado —nunca tiene idea de la hora—, y hubo de subir a un micro repleto de pasajeros. Le habló al chófer, le habló tanto, que luego el ómnibus corría a cien kilómetros para pillar a los ciclistas. A los diez minutos, todos los pasa-

jeros eran sus amigos, y los había entusiasmado con la carrera en forma que ya nadie se preocupó del horario, sino sólo de las alternativas de la prueba. Nadie tenía apuro, ni un señor que iba desesperado, porque su señora había tenido un bebé la noche anterior. García era dueño del micro; la hacía correr, la hacía detenerse donde quería: "Aquí, párese", dijo; y se subió a una loma para tomar una panorámica de la pasada de los pedaleros. Estaba enfocando cuando hubo una rodada. Cayeron cinco o seis. García se tiró cerro abajo para tomar la foto, pero llegó en el momento en que se paraban y se limpiaban la tierra y el barro. "No —gritó García—. ¡La foto! ¡La foto!" Y los obligó a tirarse otra vez de cabeza al barro.

En el Sudamericano de basquetbol del '42, en el Estadio Chile, de la Avenida General Bustamante, se cobró un tiro libre contra Argentina, y lanzaba un chileno. "Tómelo", le dijo Jaramillo. García dió el fogonazo y el jugador perdió el tiro. La rechifa de los 7,000 espectadores fue ensordecedora. "¡Sáquenlo! ¡Mátenlo!", gritaban. García tuvo que salirse, y a un amigo que lo acompañaba le pidió que cambiaran de vestón para que el público no lo identificara de nuevo. Así volvió a la cancha. "Tenía unas ganas de que me hubieran prestado unos bigotes, unas barbas en ese momento", dice.

En el Sudamericano del '43 llegó atrasado al Estadio Nacional, como siempre. En el momento que se corría la final de cien metros. Corrió a la meta e hizo los puntos. Fue aquella vez que Walter Pérez, el uruguayo, venía ganando, tropezó en la meta y cayó. Entre los vitores y el entusiasmo del público por el triunfo del chileno, García saltaba y gritaba: "¡Qué foto! ¡Qué foto más sensacional!" Nadie para entusiasmarse más que él con sus propias fotografías. A veces se le oye como loco, gritando en el taller, en la cámara oscura. "¡Aquí tengo la mejor foto del mundo!", dice. Esa tarde gritaba y saltaba, pero al ir a correr el rollo para cambiar la película se dió cuenta de que la máquina no estaba cargada.

García, con su tenacidad, su dinamismo, su fe alegre, está llamado a surgir. Y acaso en vez de fotógrafo pudo ser violinista. Es un amante de la música. No se pierde los mejores conciertos y ha oído a Jasha Jeifetz, a Mischa Elman, a Menuhin, a Claudio Arrau, a Rubinstein y los conciertos de la Sinfónica. En su casa tiene una discoteca valiosa. El concierto en Mi Menor, de Mendelssohn; la Sinfonía Española, de Lalo; y el Rondó, caprichoso, de Saint Saënz, son sus grabaciones preferidas. Yo le he oído ejecutar en su violín cosas de Falla y de Sarasate. Tiene vocación, sin duda. En una fiesta del personal de "Estadío" dió a conocer su habilidad con el arco: fué un banquete en La Bahía. A las cuatro de la mañana estaba García tocando su violín en el quiosco de la Plaza de Armas. Se juntaron trasnochadores, y llegaron carabineros. Ordenaron dispersarse; pero García siguió, imperturbado, y con sus melodías dominó a los guardias, que terminaron por aplaudir.

Me ha oído comentar que hablo siempre de tipos que son muy difíciles para la entrevista. No dicen nada, y todo lo responden con monosílabos. García, esa tarde que charlamos, después de tres horas, me dijo: "Bueno, Don Pampa, lo dejamos para otra vez. Hoy estoy muy difícil".

DON PAMPA.